

decir: Si son *tus* no pueden ser *mis* lecciones. Ves, ahí tienes un lindo juego de palabras. Hubiera preferido que lo hicieras tú.

—¿Y para qué querías que lo hiciera yo? Es bastante malo.

Por toda respuesta, el mosquito exhaló un profundo suspiro, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Mejor que no practiques esos juegos — dijo Alicia — si te hacen tan infeliz.

A esto sucedió otro de aquellos débiles y melancólicos suspiros, y esta vez el pobre mosquito pareció fundirse en su propio suspiro, pues cuando Alicia levantó la cabeza, nada había ya en la ramita, y como empezaba a sentir frío de estar tanto tiempo allí sentada, levantóse y empezó a caminar.

Muy pronto se encontró en un campo abierto, en cuyo extremo se vislumbraba un espeso bosque, al parecer mucho más oscuro que el anterior; y Alicia tuvo un poco de miedo de aventurarse a entrar en él. Sin embargo, y luego de nuevas reflexiones, pensó que, con toda seguridad, no podría retroceder, y además, éste era el único camino que la conduciría al octavo espacio.

—Este — pensó — debe ser el bosque en el que las cosas no tienen nombre. ¿Qué haré con el mío cuando me interne entre sus árboles? No me gusta perderlo, de ningún modo. Me pondrían otro y probablemente sería muy feo. Resultaría cómico buscar al ser que se hubiese apropiado de mi nombre verdadero. Tendríamos que poner anuncios en los diarios como cuando se pierde un perro... *Responde al nombre de «Dash»; lleva collar de latón.* Imaginémonos que a todo lo que encuentran le gritan: «¡Alicia!», hasta que *algo* responda. Aunque si fueran inteligentes nadie contestaría.

Embebida en estas consideraciones, la niña iba pro-

siguiendo su camino, que era fresco y umb

—De cualquier ma
boles — es un gran
calores, hallarse dentr
— prosiguió sorprend
¡Quiero decir verse ba
¿Me entiende? — dijo
co de un árbol —. ¿Y
no tiene ningún nombr
debe tener.

Permaneció silencio

—Ha sucedido, de
yo quién soy? ¡Quier
decidida a hacerlo!

Pero la decisión no
de muchos esfuerzos

—A, sé que empiez

En aquel momento
allí, se aproximó a la
Alicia, sin demostrar

—¡Ven! ¡Ven! — g
la mano para que se a

Pero el cervatillo
mada, y se detenía ot

—¿Cómo te llamas
¡Y con qué voz tan d

—¡Quisiera saberlo
testó con tristeza:

—¡Nada en este m

—Piénsalo otra vez

Alicia pensó, pero

—¡Por favor! — di
llamas tú. Tal vez es